

# Nota sobre el oficio del intelectual en la obra de José Luis Aranguren

## Note on the profession of the intellectual in the work of José Luis Aranguren

Ceferino Muñoz

Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-0372-789X> – Email: [ceferino.munoz1981@gmail.com](mailto:ceferino.munoz1981@gmail.com)

### RESUMEN

En este trabajo analizo brevemente la noción de *intelectual* que propone el catedrático español de ética José Luis Aranguren (1909-1996). Para tal fin, se hace un recorrido por los escritos de su obra en los cuales dedica mayor atención a dicha noción. Una vez dilucidado qué entiende este filósofo por el concepto de *intelectual* y cuál debería ser su función, haremos una reflexión crítica que intentará ponderar hasta qué punto Aranguren encajaba o no en este modelo de intelectual.

**Palabras clave:** José Luis Aranguren. Intelectual. Oficio. Filosofía.

### ABSTRACT

This paper I briefly study the notion of intellectual proposed by the Spanish professor of ethic José Luis Aranguren (1909-1996). To do this, I analyze the writings of his work in which he gives greater attention to this notion. Having seen what this philosopher understands by the concept of intellectual and what his role should be, I make a critical reflection that will try to weigh to what extent Aranguren fit or not in this intellectual model.

**Keywords:** José Luis Aranguren. Intellectual. Trade. Philosophy.

## Sobre el concepto de intelectual

A pesar de que la categoría *intelectual*<sup>1</sup> ha sido estudiada vastamente y desde diversos ángulos, continúa generando algunos debates (Cf. PICÓ; PECOURT, 2008, p. 35-58). Por caso, sigue siendo aún común en ciertos ámbitos tomar como intercambiables los términos *intelectual* y *filósofo*. Ambos suelen referirse a las personas que se dedican al oficio de pensar. Sin embargo, podría decirse — básicamente por dos motivos, aunque puede haber otros — que el término *intelectual* es más abarcante que el de *filósofo*. El primer motivo es más obvio, dado que entre los intelectuales pueden incluirse a aquellos que no se dedican estrictamente a la filosofía: sociólogos, historiadores, literatos, politólogos, juristas e incluso los autodidactas. El segundo motivo es porque el intelectual además de dedicarse al oficio de pensar, tendría un valor agregado, a saber, su grado de implicancia y compromiso, o de *engagement* — término que también usará con asiduidad Aranguren. Los intelectuales serían aquellos que quieren hacerse oír en la política y en la sociedad fuera de su propio lugar de trabajo, y efectivamente, al decir de Michel Foucault, al intelectual “se le escuchaba, o él pretendía hacerse escuchar como representante de lo universal. Ser intelectual, era ser la conciencia de todos” (FOUCAULT, 1980, p. 183)<sup>2</sup>. En esta línea de ideas, los intelectuales “se consideran a sí mismos como guardianes especiales de ideas abstractas como la razón, la justicia y la verdad” (MEZA, 2002, p. 131)<sup>3</sup>, custodios de los valores perennes de la civilización (Cf. ALTAMIRANO, 2013, p. 12); en fin, al decir de Zigmunt Bauman, los intelectuales creen tener algo de gran importancia para ofrecer a la humanidad (Cf. BAUMAN, 1997, p. 218)<sup>4</sup>.

Asimismo, y si tuviéramos que resaltar algunas inconsistencias o zonas oscuras que afloran en el carácter de los intelectuales modernos, podrían apuntarse dos notas. La primera refiere a su falta de coherencia entre su decir y su hacer. Cuando uno evalúa — al decir de Johnson — *las credenciales morales* de los intelectuales vemos que su modo de conducirse en la vida sorprende, y el contrasentido es difícil de explicar (Cf. JOHNSON, 2000, p. 14). El comportamiento con su familia, amigos y colaboradores, el tipo de justicia que practicaron, el trato que dispensaron a las mujeres, el cuidado con el que examinan las evidencias, la manera en que llegan a sus conclusiones, la honestidad y veracidad de lo que dijeron y escribieron, etc., dejan mucho que desear y varios interrogantes por responder. Ejemplos de esta actitud típica de los intelectuales Johnson la muestra documentadamente en muchos pensadores, tales como Rousseau, Marx, Tolstoi, Russel, Hemingway, Sartre, Simone de Beauvoir, Ibsen, Bretch, Wilson, Gollanez, Hellman, etc.

También suele marcarse como sobresaliente una segunda nota actitudinal en los intelectuales modernos, saber: una cierta la supremacía de la *praxis* y que otro notable filósofo español, Julián Marías (en un texto curiosamente dedicado a Aranguren), denomina acertadamente como *ausencia de calma*. Dice el filósofo español:

Hasta hace pocos decenios, y salvo excepciones – individuales o de breves periodos, las vidas de los hombres dedicados al menester intelectual solían ser sencillas, hechas de calma, holgura – *skholé, otium, loisir, leisure*— [...] Los intelectuales de nuestro tiempo hacen demasiadas cosas. Tienen cargos públicos, hacen vida social, presiden comisiones, hacen declaraciones a los periodistas, hablan por la radio, aparecen en la televisión, forman parte de innumerables asociaciones, intervienen en la política de su país y de los otros. Temo que les falte en muchos casos tiempo, más aún calma para pensar. El pensamiento supone

<sup>1</sup> Este trabajo es parte de un proyecto más amplio que busca profundizar críticamente en la noción de intelectual.

<sup>2</sup> En otra de sus obras, Foucault criticará esta concepción del intelectual. (Cf. FOUCAULT, 1981, p. 9-12).

<sup>3</sup> La misma idea: (BOBBIO, 1998, p. 118).

<sup>4</sup> También en: (SARLO, 2004).

siempre un repliegue, un retraimiento o retiro a las soledades de uno mismo, a su intimidad silenciosa (MARIAS, 1958, p. 13-14).

En suma, estas dos notas (falta de consistencia entre el decir y el hacer y la ausencia de calma) parecen acompañar de modo casi inherente al talante — para decirlo con el léxico de Aranguren — de los intelectuales modernos.

## Los textos de Aranguren

El caso puntual que me ocupa es el de José Luis López Aranguren. A continuación, consignaré y analizaré brevemente sus textos más significativos con el fin de dilucidar qué entiende por intelectual. Luego veré en qué medida se adapta o no al paradigma que antes hemos trazado a modo de esbozo.

En *Memorias y esperanzas españolas*, obra de 1969, nos dice nuestro filósofo:

Quienes ejercen hoy *públicamente* el viejo oficio de los moralistas [...] son precisamente los *intelectuales*», cuya función es la de «constituir la *conciencia moral* de la sociedad» como «demanda y exigencia, como ‘voz’ de la porción minoritaria más avanzada, disponible y progresiva de la sociedad. Ser intelectual no es lo mismo, pues, que ser «filósofo o ensayista», escritor. Estos pueden proporcionar satisfacción a la sociedad, o a grupos de la sociedad muy minoritarios y selectos. El intelectual, no. El intelectual es incómodo, es un aguafiestas, con su manía de estar diciendo siempre «no» a la injusticia. Al intelectual no se le admira; en el mejor de los casos se dice de él: «¡Qué lástima! (ARANGUREN, OC, VI, 231)<sup>5</sup>.

En el mismo texto Aranguren dirá, parafraseando a Ghoete, que el intelectual es un libertador de los jóvenes españoles, pero lúcidamente reconoce que para ser un libertador de los demás antes hay que empezar por uno mismo (Cf. ARANGUREN, OC, VI, 250). El intelectual es un maestro del pensamiento, es el que enseña a pensar (Cf. ARANGUREN, OC, VI, 250).

Y continúa con la idea de que el intelectual no es un ángel que flota sobre los demás, es un ser situado, que al mismo tiempo tiene que trascender esa situación, y aunque nunca lo logre, su esfuerzo de autoliberación, y el ejemplo que da con él, será su mayor lección (Cf. ARANGUREN, OC, VI, 249). Siguiendo con la idea de que el intelectual está situado, Sotelo resalta justamente ese carácter de concretitud y dirá que el intelectual en Aranguren no se ocupará de un *qué* abstracto o *sub species aeternitatis* sino de un *qué* plenamente circunstancial (Cf. SOTELO, 1997, p. 194).

En *Ética y Política*, libro de 1985, Aranguren nos dice que el intelectual lucha contra el conformismo y el marasmo, el intelectual es el hereje moderno, pero necesario, de la sociedad (Cf. ARANGUREN, OC, III, p. 164-165). “No se casa con nadie [...] es un excomulgado por sí mismo del sistema establecido, y se sitúa críticamente frente a él” (ARANGUREN, 1975, p. 236)<sup>6</sup>. Y en su artículo *La democracia establecida. Una crítica intelectual*, asevera explícitamente que el intelectual “no debe entrar en ningún *establishment*, [...]. Tampoco marginarse. Ha de criticar el sistema y luchar contra él desde relativamente dentro de él, con un pie dentro y otro fuera, desde la base, apoyándose en ella” (ARANGUREN, OC, V, 419).

Asimismo, el intelectual de Aranguren, menuda diferencia, no es lo mismo que el ideólogo. Éste está en directa conexión con la política concreta, está al servicio de un partido,

<sup>5</sup> Todos los resaltados pertenecen al original, salvo indicación contraria. Muchos textos de Aranguren aquí citados los he tomado de Carlos Gómez (2010). Con respecto a la bibliografía secundaria sobre Aranguren, la he encontrado en Blazquez Feliciano y José Luis L. Aranguren (1986, p. 57-78).

<sup>6</sup> Más sobre esto puede verse en: (ARANGUREN, 1978, p. 63-69).

de un grupo o de una clase. El intelectual todo lo contrario, es la voz que clama en el desierto (Cf. ARANGUREN, OC, VI, p. 176), el que logra mantener un distanciamiento siempre crítico. En otras palabras, el intelectual debe estar alejado del poder y del barro de la política (Cf. SOTELO, 1997, p. 191). Por supuesto que el término política en Aranguren no es unívoco. Por un lado la entiende en el sentido clásico, como participación en el gobierno de la *polis* y en el cual el hombre se plenifica; y, por el otro, en un sentido moderno, maquiavélico, como entramado de *poder* (Cf. ARANGUREN, 1988, p. 89). Sobre esta última concepción es sobre la que ejerce su crítica y de la que plantea el alejamiento de parte del verdadero intelectual.

Allende las citas anteriores, es quizás en un texto de 1985, *El buen talante*, obra de madurez, donde pinta de cuerpo entero a esta *rara avis* llamada *intelectual*. Antes ya había dicho que el intelectual debe constituir la conciencia moral de la sociedad, él es la encarnación de la actitud moral (Cf. MARINA, 1997, p. 120). Ahora nos dice que el modo *intelectual* se da en dos fases. En la primera de ellas explica el filósofo español:

El intelectual es, por de pronto, un teórico, un investigador positivo o un creador, pues su esfera de trabajo puede ser la filosófica, la científica o la literaria y artística. Pero si es de veras un intelectual, es porque se ha entregado plenamente, éticamente a esa su esfera de trabajo: el intelectual es un hombre ejemplar. Pensadores al parecer tan diferentes como santo Tomás y Ortega coinciden en esto: la racionalidad es algo que el hombre posee solo incoativamente. La racionalidad desarrollada no es un don sino un deber, una tarea moral. El intelectual, el auténtico intelectual, es el hombre que se esfuerza por cumplir esa tarea moral de desarrollar su racionalidad y, con ella, la de todos (ARANGUREN, OC, VI, p. 176).

En el mismo texto, Aranguren pondrá énfasis en la idea de que lo que el intelectual busca es la verdad, quiere conquistarla y el medio adecuado para ello es la libertad, y viceversa: verdad y libertad se suponen mutuamente. En esta sinergia es donde se da la segunda fase del intelectual, a la que anteriormente referíamos:

[...] puede y debe hablarse de un *engagement* en el intelectual, si bien tocante más a la acritud, quiero decir, a la raíz ética de toda teoría y a las consecuencias morales de tal actitud, que a los resultados enunciables de la teoría o investigación. Pero el plano en que tal comprometimiento acontece es más profundo que el de la política: más profundo porque, de un lado, es personal y, de otro, es social. El intelectual, en cuanto que lucha por la verdad y la libertad de todos es *solidario*; pero, para ser intelectual, es *solitario*... *justamente por ese extraño modo de ser solidariamente solitario o solitariamente solidario resulta tan incómodo* (ARANGUREN, OC, VI, p. 176)<sup>7</sup>.

Ese *engagement* o esa solidaridad de la que nos habla Aranguren supone una constante tirantez entre política y ética. En su artículo *Claves de razón práctica* se decanta por “la fórmula de la tensión viva y operante entre la política y la ética, el dialogo, siempre difícil y con frecuente crispado, entre los intelectuales y el poder” (ARANGUREN, 2005, p. 138).

Tanto lleva Aranguren esta concepción a sus últimas consecuencias<sup>8</sup> que a pesar de estar convencido de que la democracia (no la moderna) es el mejor régimen de gobierno, afirma: “no voy a defender la democracia parlamentaria con razones pragmáticas — tampoco es ese el papel del intelectual en cuanto intelectual —, las de evitar el régimen *peor* en el

<sup>7</sup> La misma idea: “Incluso si el intelectual no se halla físicamente alejada de su sociedad, la independencia crítica le obliga a ejercer tal oficio en solitario, aunque su soledad nunca es la de la torre de marfil, pues también necesita sentirse solidariamente responsable de la suerte de dicha sociedad” (LOPEZ-ARANGUREN, MUGUERZA, VALVERDE, 1993).

<sup>8</sup> “Con todo, tengo para mí que el marcado apoliticismo de Aranguren, presente a lo largo de toda su vida, hunde sus raíces en el repudio a la politización extrema — y para más inri, polarizada entre fascismo y comunismo — que le tocó vivir en su juventud”. (SOTELO, 1997, p. 209).

que, tras ella, recaeríamos, puesto que mi inerme defensa de nada serviría" (ARANGUREN, 1979, OC, V, p. 470).

## A modo de cierre: Aranguren como intelectual

Decíamos al iniciar este escrito que dos de las características que suelen marcarse en los autodenominados intelectuales es, por un lado, un cierto estilo de vida poco o nada acorde a sus principios teóricos y, por el otro, cierta supremacía de la praxis con su consiguiente ausencia de calma.

Además de estas notas hay una que quizás esté a la base de todas ellas y que por esa misma causa resalta especialmente, a saber: la laicidad. Desde perspectivas radicalmente distintas, tanto Carlos Altamirano (Cf. FERRERO, 2007, p. 2) como Paul Johnson concuerdan en que la figura del intelectual está ligada a procesos de secularización de la cultura<sup>9</sup>. Nos dice Johnson que una de las características más sobresalientes de los intelectuales modernos "fue el deleite con que sometían a la religión y a sus protagonistas al escrutinio crítico" (JOHNSON, 2000, p. 14).

Ahora bien, en Aranguren no parecen aflorar estas notas. En cuanto a la primera de ellas, sus discípulos, colegas, familiares y allegados marcan una conducta siempre coherente en su vida. Sí algunos le reprochan el no haber tomado posición durante la guerra civil española y la posguerra y el haberse alejado totalmente de la vida pública (Cf. SOTELO, 1997, p. 206). A lo que él responde que:

Al sentirnos totalmente ajenos al rostro público de la vida española de la época, es normal que nos retrajésemos a la vida privada, la del hogar, la del amor a la mujer, el cariño a los hijos, la fraternidad con los amigos, la consideración filosófico-poética del tiempo en su pasar y en su recuerdo, de la muerte en su lento acercarse; y que nos retrajésemos también a una vida religioso-trascendente, vida unamuniana, pero aserenada, a la búsqueda y encuentro de Dios (ARANGUREN, 1969, p. 65 apud SOTELO, 1997, p. 206).

Tampoco la supremacía de la praxis fue una nota en el carácter de Aranguren. No ostentó cargos públicos ni de gobierno, fue un solitario, un *outsider*, un revolté, un inconformista (Cf. MARINA, 1997, p. 121). Dicho en sus propios términos fue "un excomulgado del sistema establecido y que se sitúa críticamente frente a él" (ARANGUREN, 1975, p. 236).

Tampoco parece aflorar en Aranguren la tercera de las notas propias de los intelectuales: la laicidad. Si bien es cierto que nuestro autor fue un católico bastante heterodoxo y especialmente crítico del catolicismo de su tiempo. Basta recordar la tesis de *Catolicismo y protestantismo* como formas de existencia (libro que le trajo fuertes entredichos con Roma) en la que el autor español sostenía que el catolicismo era notablemente deudor del protestantismo (Cf. ARANGUREN, 1952). A esto se suma que nuestro filósofo fue un gran fustigador del poder eclesiástico. Sin embargo, también es verdad que en su juventud escribía como crítico literario en la revista *Escorial*, perteneciente a la Falange española; además siempre fue un hombre profundamente religioso, conocedor de Santo Tomás y lector ferviente de San Juan de la Cruz. Y pocos años antes de morir hablando de los intelectuales católicos Aranguren decía que "hacer ver que la religión en su plenitud es un *hecho público*, incumbe a los intelectuales" (ARANGUREN, 1989, p. 5).

<sup>9</sup> La misma idea aparece en el reciente trabajo de Josep Picó y Juan Pecourt, (2013, p. 268).

## Referencias bibliográficas

- ALTAMIRANO, C. *Intelectuales: notas de investigación sobre una tribu inquieta*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Argentina Editores, 2013.
- ARANGUREN, J. L. "Los llamados intelectuales católicos", *El Ciervo*. año 38, n. 465, 1989.
- ARANGUREN, J. L. *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*. *Revista de Occidente*. Madrid, 1952.
- ARANGUREN, J. L. "Misión transgresiva del intelectual". In: *La cultura española y la cultura establecida*. *Taurus*, 1975.
- ARANGUREN, J. L. *Ética de la felicidad y otros lenguajes*, Madrid: Ed. Tecnos, 1988.
- ARANGUREN, J. L. *Obras completas. 6 vols*. Madrid: Trotta, 1994.
- ARANGUREN, J. L. *La izquierda, el poder y otros ensayos*. Madrid: Trotta, 2005.
- BAUMAN, Z. *Legisladores e intérpretes: sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- BLAZQUEZ, F. Cuatro etapas de una aventura intelectual (II). *Religión y cultura*, XXXII, 1986, p. 57-78.
- BOBBIO, N. *La duda y la elección*. Barcelona: Paidós, 1998.
- BOLÍVAR MEZA, R. Un acercamiento a la definición de intelectual. *Estudios Políticos*, 30, 2002, p. 123-144.
- FERRERO, A. Carlos Altamirano, Intelectuales. Notas de investigación. *Orbis Tertius*, 12 (13), 2007, p. 1-3.
- FOUCAULT, M. *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta, 1980.
- FOUCAULT, M. *Un diálogo sobre el poder*. Madrid: Alianza, 1981.
- GÓMEZ, C., *Filosofía y vida intelectual: textos fundamentales*. Madrid: Trotta, 2010.
- JOHNSON, P. *Intelectuales*. Buenos Aires Javier Vergara Editor, 2000.
- LOPEZ-ARANGUREN, E.; MUGUERZA, J.; VALVERDE, J. M., *Retrato de José Luis L. Aranguren*. Madrid: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1993.
- MARÍAS, J. "El oficio del pensamiento". In: *El oficio del pensamiento*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1958.
- MARINA, J. Un intelectual en busca de una ética. *Isegoría*, n. 15, 1997, p. 109-126.
- PICÓ J.; PECOURT, J. El estudio de los intelectuales: una reflexión. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n. 23, 2008, p. 35-58.
- SARLO, B. "Intelectuales", en *Escenas de la vida posmoderna*. Buenos Aires: Seix Barral, 2004.

### Sobre o autor

#### Ceferino Muñoz

Doctor in Philosophy (Faculty of Arts and Letters, National University of Cuyo, 2010-2014). Master in Communication (Faculty of Journalism-University Juan Agustín Maza, 2005-2010). Post-doctoral candidates (National University of Rosario, 2020). Associate Researcher of CONICET with the project "A redefinition of the doctrine of analogy in Cajetan in light of his theory of concepts and objectivity. Medieval debates and contemporary repercussions".

Recebido em: 10/02/2020.

Aprovado em: 05/06/2020.